

El tema áreas protegidas

Territorio de la reserva ecológica resucitada por el gobierno federal

Occidente, una sierra protegida por el olvido

Las montañas del río Ameca son zonas de marginación social y expulsión poblacional en medio de una naturaleza asombrosa

San Sebastián del Oeste •
Agustín del Castillo

Pueblito San Pablo. Jalisco aquí se topa con una muralla. Una larga sucesión de montes selvosos, hermosos con los efímeros esplendores verdes de la estación lluviosa.

La barrera apenas es atravesada por algunas veredas de ganado, pero está profundamente tallada por ríos embarrancados, que esta tarde corren anchurosos, con aguas copiosas que invaden las playas arenosas, que sitian los farallones ciclópeos y que estremecen a algún zalate gigante. La corriente arrastra toneladas de limo, lodos cafés u ocre nacidos en la montaña, hijos de incendios, tala y destrucción; que son barro primordial, que son arcilla, que —dicen— son esencia de hombre.

Pero las conquistas de su ingenio son siempre provisionales en estas amplias soledades, donde las secas extenuan y el temporal anega.

En todos los veranos, muchos caminos de acceso hacia la templada cabecera municipal quedan cortados. “Tenemos luz, teléfono y brecha, pero todo se acaba cuando llueve fuerte y empiezan los derrumbes; pasamos hasta tres días sin poder salir; a los enfermos los sacamos como podemos, en camioneta doble [tracción], en camilla o en bestia”, explica Jaime, vecino del caserío, último antes de alcanzar los linderos con Nayarit.

Por eso, mujeres, hombres y niños hoy trabajaban afanosamente en la brecha para limpiar las cunetas que canalizan el agua, en busca de impedir, o retrasar, que se troce el camino, tras alguna buena tormenta.

Al antiguo puente que pasa cerca de San Isidro se lo llevó una crecida del río San Juan, hace apenas dos años. “Por eso ya se levantó otro

más alto, pero no es seguro que dure, porque se necesitan materiales más fuertes”, subraya escéptica doña Isidra Ibarra.

Cada año, el “tigre” [jaguar] mata de diez a doce becerros, asegura, serio, el tesorero de la comunidad indígena, Cleto Rodríguez. Que esté en peligro de extinción es un dato de segundo orden cuando el patrimonio está en riesgo, le secunda don Andrés Aguirre Briseño, “somos una comunidad ganadera”. Nadie del gobierno les ha dicho que la muerte de las reses puede ser compensada, y lo normal es que no se esperen a que el felino les mate más bovinos.

Cada año, decenas se van a Estados Unidos para subsidiar estas formas de vida de pura subsistencia, lo cual ha evitado la desaparición de aldeas completas. Cada año, algún hijo inquieto fracasa en su intento de acceder a la educación superior para mejorar las oportunidades de los suyos —José Ángel, hijo de doña Isidra, mejor se hizo músico—. Cada año, los camiones madereros sacan los últimos ocotes de las partes altas —“no traen ningún beneficio a las comunidades”, se queja la regidora Antonia Nolazco—.

Cada año, las promesas de progreso corren entre las viejas casonas de tierra caliente, pasan por el púlpito de la modesta iglesia, y se hacen eco en las canciones de sus bandas musicales, La Original o La Higuera —agrupaciones nacidas de mutuas discordias—.

Estas fronteras forman parte de la nueva —más bien “resucitada”— área de protección de recursos naturales Cuenca del río Ameca. El desafío es establecer un proyecto de conservación de la naturaleza en el cual sus habitantes ganen. 354 mil hectáreas de Jalisco y Nayarit, con ecosistemas que van de las selvas secas a los pinares y oyameles, donde se produce agua y servicios ambientales.

Fue una región minera desde la lejana colonia, con los reales de minas de San Sebastián o Guachinango, y todavía hace 25 años soñó con las riquezas fabulosas del oro de El Barqueño. Que no pasaron de un breve y grato sueño. *Far West* para muchos aventureros, su importancia declinó tras la revolución, y fue teatro de la insurrección cristera. El tiempo moderno la olvidó. La carretera pavimentada que la atraviesa apenas fue completada hace un año, aunque no impide la marginación de sus áreas más remotas.

Y como en todo *Far West*, el aislamiento no impidió la destrucción. Hoy, pese a eso, todavía el “tigre” mata, el venado pasta, la serpiente reptante, el “oro verde” de las maderas se engrosa, y la tierra por fin es codiciada: se hace pasto de especuladores inmobiliarios. Pero los hombres y sus sueños siguen olvidados.

Juanacatlán, Mascota

—Don Zeferino, ¿quién fue el responsable de esta tala y este incendio?

—Pues aquí un muchacho que se llama Jesús, es el que *traiba* la gente, no sabemos quién le pago.

—¿Entonces se pusieron a tumbar a lo loco?

—No a lo loco, con permiso de alguien, no sabemos de quién, pues no recibimos ninguna notificación. Creo que son como 50 hectáreas, sacaron la madera dizque para el saneamiento del muérdago, que el Consejo Forestal de la Sierra Occidental lo pidió, pero nunca nos tomaron nuestra opinión; de todos modos no se la alcanzaron a llevar, porque nos movimos, nos quejamos y todo, hace como dos meses, o más, pero no hemos recibido respuesta del gobierno. Luego vino el incendio...

—¿Y ya les dieron en las instancias oficiales una explicación a ustedes?

—No nos explican nada. Se hizo un oficio por parte de la asociación a la Conafor para que explicaran cómo se hizo esta intervención en Juanacatlán, pero no ha habido respuesta. Y nosotros perdimos la madera, el suelo y todo.

Guachinango

Martín Topete Quintana, presidente del ejido Guachinango, dice que están de acuerdo los habitantes de esa demarcación en formar parte del área protegida, pues quieren conservar el monte porque les da agua y les permite mantener de forma modesta la agricultura. Pero si el área protegida les da apoyos, mejor, dado que sería bueno instalar cabañas para atraer turistas. De la minería ya nadie habla. El cierre de El Barqueño fue la ruina de este poblado de montaña.

“A nosotros lo que nos está perjudicando son las quemadas descontroladas por los peregrinos que pasan para Talpa, gente que por prender una fogata se le sale de control y se ve el humo; quisiéramos nosotros que se prohibiera por medio de los apoyos de la Secretaría de Agricultura, que tampoco se permita a los que hacen quemadas agrícolas que se les dé un Procampo; que se siembren árboles, pero que no se queme nada, porque quemar un zacatal le da en la torre a miles de árboles del bosque”, señala el campesino.

—¿Y cómo están las estadísticas, cuánto se les quema por año?

—Son como tres mil hectáreas, es muy pesado. Siempre por errores humanos, cuando no es por los peregrinos de marzo que van a la romería, es por gente que tira alguna bachicha.

Guachinango quedó desolado tras el fracaso de El Barqueño. El campesino recuerda la amarga experiencia de ese espejismo.

“Yo pienso que eso fue un pinche elefante que inflaron; se suponía

Una región de



Arriba. El río San Juan, debajo del puente de San Isidro. Una mujer y una niña tratan de pescar chacales (camarón de río). A la derecha, el poblado de Navidad, en Mascota, uno de los más pintorescos de la sierra. Abajo, izquierda, la agricultura se mantiene como una actividad importante entre los moradores de las sierras del Ameca. Abajo, a la derecha, don Zeferino platica a los visitantes cómo sus bosques fueron talados y quemados sin permiso, hace dos meses





agua, bosques y atraso

FOTOS: MARCO A. VARGAS



que iba a durar 50 años el trabajo, pero cuando mucho duró ocho o siete años, ahí inflaron un elefante para ver si alguien se enredaba y compraba en muchos millones [...] eran tres turnos las 24 horas, de 150 a 200 gentes por turno; todos los del pueblo trabajaban ahí; de los ranchos y de los municipios vecinos agarraron trabajo. Pagaban bien, buen sueldo y aguinaldos y todas las prestaciones que se deben dar. Se fueron hace como 20 años.

—¿Entonces lo que mató al pueblo fue el cierre de la mina?
—Exactamente.
—¿Qué pasa después?
— Toda la chavalada se empezó a ir a Estados Unidos a buscar trabajo.

El ejido recibe algo de dinero por vender madera en pie. Lo demás lo dan las vacas y el maíz.

—¿Ajusta para pasarla?

—“Nos dijo una persona que aquí de qué vivimos, y le respondimos: de puro milagro vivemos, jajaja [...] la agricultura y la ganadería apenas dejan *pa* comer, nada más; aquí no tenemos carreteras cerca, no tenemos una presa grande para hacer ecoturismo o algo así, y es lo que queremos solicitar al gobierno federal para que nos apoye, hacer una presa de modo que se pueda meter cría de pescado, hacer un centro ecoturístico para que el turismo venga y aunque sea se eche una comida aquí. Por eso creo que está bien lo del área protegida”.

Historia de caciques

—Don Zeferino, ¿cómo empezó la historia de Juanacatlán?

—Me platica mi padre que el pueblo empezó donde está ahora un ocote seco caído; ahí empezó con una casa, un ranchito donde venían a ordeñar vacas, y de ahí empezaron a hacer casa aquí, otra allá, como de unos 200 años para acá; aquí vivieron mis bisabuelos, mis abuelos, mi abuelo ahorita tuviera como 130 años.

—¿Y nadie era dueño de nada?

—No, y de Navidad empezaron a subir ahí y a fincar, a abrir potreros. Nunca hubo haciendas.

—¿Ni caciques?

—Caciques, uno que otro, cuando anduvo aquí Rubén Zuno, hace como 30 años; apoyaba a uno, pero ya se fueron todos.

—¿Y quién era ese cacique?

—Ya se murió, ya lo tenemos en el panteón [...] se llamaba Arnulfo Peña López, muy traicionero.

—¿Y qué recuerdan de los tiempos de Zuno?

—Era cabrón Zuno, al que no le *caiba* bien lo sacaba y lo golpeaba y lo fregaba, pero ahorita lo tienen allá, en Estados Unidos, tras las rejas. Cometió abusos, primero nos robó la madera; vino y engañó a la gente, les dijo: “Me voy a llevar la madera pero les voy a poner un criadero de guajolotes, espero que no se acabe”, y hasta la fecha ahí seguimos, sin criadero de guajolotes.

—En Estados Unidos está acusado por el asunto del narcotráfico, Camarena y todo eso...

—Sí, sí, aquí venía y vestía a soldados y llevaba la droga, y la llevaba

re fácil porque él era el cacique, en aquel tiempo tenía a su cuñado en la Presidencia de México [...] si uno cometía un error con él, mandaba matar a la persona, en la laguna de aquí [Juanacatlán] vinieron unos gringos y sacaron unos restos a media laguna, según eso de una avioneta, con una piedra los aventaban *pa* abajo con las manos amarradas *pa* atrás, y vivos los cabrones, a varias gentes desapareció.

—¿No les ponían plantíos en el cerro?

—Todavía hasta hace poco, estaba cambiando los animales y de repente le fui siguiendo el rastro a los bueyes y me fui metiendo a unas matotas grandes que tenían en terrenos de nosotros, y salió un vale y dijo: “qué anda haciendo aquí”, y yo le dije, “*pos* buscando mis animales”, y me dice: “pues no debe de andar aquí”, y yo le contesté: “por qué no, el que no debe de andar es usted...”.

—¿Zuno les trajo la energía eléctrica a Juanacatlán hace 31 años?

—No, no, Zuno no hizo ningún beneficio. Nomás si le convenía. No daba paso sin guarache.

La Estancia de Landeros

“Yo creo que puede haber un juicio de amparo en su momento sobre ese decreto”, señala sorprendido Sergio Peña, secretario del ejido La Estancia de Lancheros, en San Sebastián.

—Pero tiene más de medio siglo el decreto.

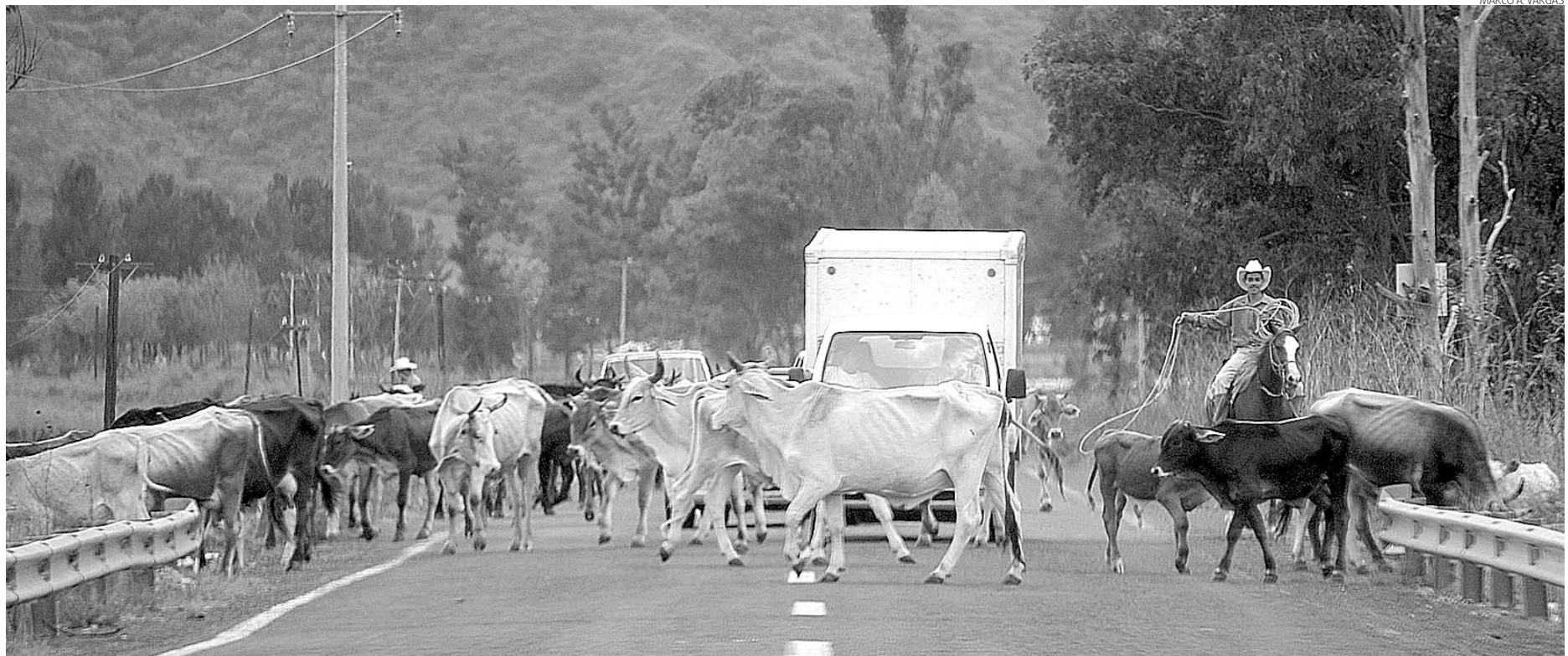
—Pero no fue notificado [...] los propietarios de los bosques de la región no leen el *Diario Oficial de la Federación*, entonces cómo pueden darse por enterados.

Lo que le parece irritante es la imposición, el no tomarle el parecer a los habitantes, aunque admite que el estado de cosas actual beneficia a muy pocos, pues la madera vale por el valor de su industrialización, y la mayoría de los ejidatarios y particulares no tiene acceso a ese valor agregado. Falta información, añade preocupado.

En la cabecera de San Sebastián, Manuel Chávez, secretario general del ayuntamiento, denuncia explotaciones destructoras en la zona de Milpillás, y señala a una familia taledora de la localidad por acaparar doce mil hectáreas de terreno, y por eso, los apoyos del gobierno, mientras engorda predios para la especulación inmobiliaria que ha desatado la carretera, concluida en 2006.

Don Zeferino Peña Briseño, en Juanacatlán, tuvo ocho hijos, muchos de los cuales lo mantienen desde Estados Unidos. “Dicen que para tener varios hijos así es muy cara la vida, pero la verdad es que ellos me alivianan, quisiera tener otros dos hijos, son manos que trabajan”.

En Pueblito San Pablo, lejos de todo, las montañas amuralladas han ocasionado casi un siglo de abandono. Allí, esta tarde, antes de la lluvia, el sol agobia, el viento sopla y levanta del piso seco el polvo caprichoso que es ceniza, que es arcilla quemada, que es limo seco, que es lodo resquebrajado, que —dicen— es destino de hombre. ■



Una carretera nueva no evita coexistir con el mundo rural que ha sobrevivido a las modernizaciones. Aquí, en el valle de Mascota

Un área de protección de recursos naturales es más flexible que la reserva de la biosfera

La segunda tentativa de protección en una década

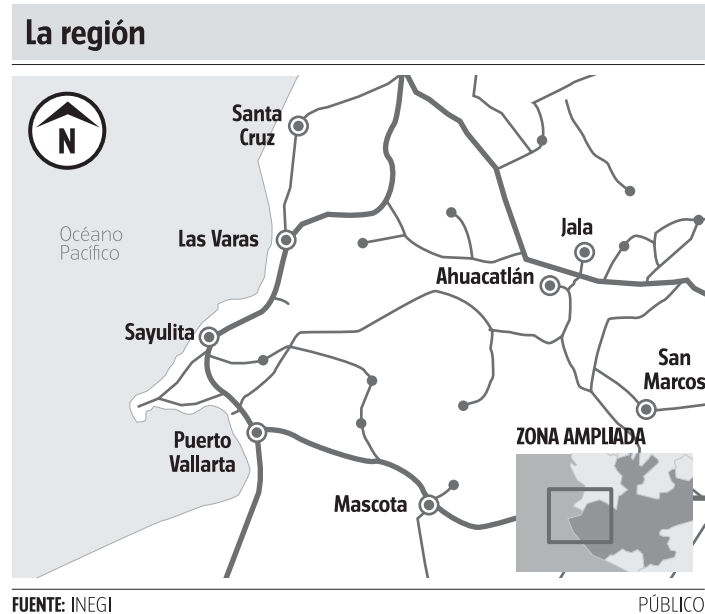
• Son 72 mil hectáreas menos; el polígono protegido hoy penetra en Nayarit

San Sebastián del Oeste ▶ Agustín del Castillo

No corresponde al mismo polígono territorial. De hecho, la primera área natural protegida proyectada se extendía muy acusadamente hacia la costa y el sur de la región Sierra Occidental, y nunca traspasaba los límites estatales con Nayarit.

También era mayor (426 mil hectáreas), con mayores enclaves de alta diversidad biológica, y alcanzaba una categoría más importante: reserva de la biosfera. Pero fracasó.

Patricia conoció el olvidado asentamiento minero de San Sebastián del Oeste en agosto de 1998, cuando apenas se detallaba el planeamiento de la reserva. Era un



pueblo arrumbado, semihabitado, con callejones oscuros, servicios públicos deficientes y a muchas horas de tránsito terrestre desde las cabeceras municipales de Mascota o Puerto Vallarta, a donde condu-

cían brechas polvorientas y accidentadas.

En el temporal, las aldeas de la zona se aislaban completamente debido a la gran cantidad de agua, que deshacía las frágiles terracerías.

Casonas húmedas, tapias derrumbadas, haciendas para extintos beneficios de la plata o el café —que fueron el motor del auge en el pasado—, camiones madereros, laderas con coamiles, caminos invadidos por la niebla fantasmal, un paisaje único en el occidente del país.

“Me tocó pagar 75 pesos por la posada, todo era muy barato y pintoresco, un lugar perdido en tiempos pasados, lleno de leyendas”, explica la viajera, que ha regresado nueve años después, con emociones encontradas por los drásticos cambios que trajo la nueva carretera pavimentada, abierta sin permisos ambientales por la Administración estatal de Francisco Ramírez Acuña, y que no termina de estar completa.

En 2007, se cumplen siete años del fracaso en la primera gestión para proteger oficialmente la demarcación. La propuesta gubernamental original contenía ocho zonas núcleo y abarcaba grandes porciones territoriales de los municipios de Mascota, Talpa

de Allende, San Sebastián del Oeste, Puerto Vallarta, Cabo Corrientes y Tomatlán, correspondientes a las regiones Sierra Occidental y Costa Norte.

Actualmente, en cambio, se tiene una reserva ya decretada (desde 1949, y recategorizada en 2002), que suma poco más de 354 mil hectáreas y abarca once municipios de Jalisco (ver recuadro de abajo), en las regiones Costa Norte, Sierra Occidental y Valles. 250 mil ha en Jalisco y 104 mil ha en Nayarit.

Ernesto Enkerlin, presidente de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, ha confiado en que esta vez se llegará a buen puerto.

“Traemos una total coordinación con el estado; el planteamiento viene de finales del año pasado, pero esperábamos a que asumiera el nuevo gobierno para hacer las consultas y acuerdos; va a haber recursos y trabajos conjuntos; queremos trabajar aquí para ver si tiene éxito, y si la gente se apropia de la iniciativa, que no veo por qué no, si se permiten los usos productivos tradicionales. Debemos llevar alternativas a la conservación y mejorar la vida de las comunidades, y de esta manera, generar un movimiento positivo que no excluya a nadie”, dijo el mes de mayo pasado.

Si se fracasa por segunda vez, la transformación del paisaje y los pueblos, por la especulación, ya no se detendrá. ■ P

claves

Área de protección de recursos naturales del río Ameca

El área de protección de recursos naturales denominada “Cuenca Alimentadora del Distrito de Riego 043”, que incluye las subcuencas de los ríos Ameca, Atenguillo, Bolaños, Grande de Santiago, Juchipila, Atengo y Tlaltenango, abarcaba un millón 711,219 hectáreas de los estados de Nayarit, Jalisco, Zacatecas, Durango y Aguascalientes, y fue creada por el presidente Miguel Alemán en 1949

Dicho decreto permanece en vi-

gor, en virtud del acuerdo del secretario de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Víctor Lichtinger Waisman, publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 25 de octubre de 2002, en que dicha zona fue recategorizada a su actual rango de protección

La superficie total rescatada en la actualidad se redujo a 714,255.85 ha, en cuatro polígonos, de los cuales el polígono dos, subcuenca del río Ameca, consta de 354,849.11 ha, de

las cuales, 250,917 ha se encuentran en Jalisco, en los municipios de Ameca, Atenguillo, Ayutla, Cuautla, Guachinango, Hostotipaquillo, Mascota, Mixtlán, Puerto Vallarta, San Sebastián del Oeste y Tomatlán; 103,931.41 ha corresponden a Nayarit, en los municipios de Ahuacatlán, Amatlán de Cañas, Bahía de Banderas, Compostela, Ixtlán del Río y San Pedro Lagunillas

Dentro del polígono dos hay 6,058 habitantes en 24 centros de

población; todas las cabeceras municipales y las poblaciones mayores están fuera del polígono, además de los valles y terrenos de cultivo en planicies; la mayor parte del área protegida pasa por las partes altas, montañosas, con pendientes elevadas, que son zonas de captación de agua, recarga de mantos acuíferos y afluentes de ríos con alta diversidad biológica. Por ello, la afectación a las actividades productivas es mínima, lo cual explica la forma caprichosa del polígono

Las áreas de protección de recursos naturales “son áreas destinadas a la protección de recursos forestales, suelos y aguas” y no tienen las fuertes restricciones de las zonas núcleo de las reservas de la biosfera. Pero a juicio de algunos investigadores, la riqueza de las sierras del Ameca requeriría en algunos sitios formas de protección más estrictas. El rescate del polígono dos será la base para rescatar los otros tres polígonos, aunque depende de que tenga éxito

Juan José Fajardo Aceves, prestador de servicios forestales en Sierra Occidental

No necesitamos una reserva, asegura experto

FOTOS: MARCO A. VARGAS



Los aprovechadores formales de la madera dicen que la Sierra Occidental está bien conservada. En Juanacatlán, la destrucción ilegal es reciente

● Falta información, pero un área protegida aumenta "carga regulatoria"

● La compensación que se da a los propietarios es insignificante, dice

Mascota • Agustín del Castillo

No, subraya en varias ocasiones la palabra. Es Juan José Fajardo Aceves, al contestar preguntas de Público acerca de la pertinencia de resucitar el área natural protegida de la cuenca del río Ameca, a partir de un viejo y olvidado decreto del presidente Miguel Alemán; o en relación con los valores biológicos extraordinarios que existirían en esta región; o ante la alusión a una presunta mafia de madereros que estarían aprovechando los recursos naturales en detrimento de ejidatarios y propietarios. No y no.

Porque duda mucho de la utilidad del decreto federal; porque sostiene que no existen especies o recursos en la zona que requieran protección extraordinaria, más allá de los arces y los abies guatemalensis que sobreviven en algunas cañadas; porque no hay cosa que se parezca a una mafia, lo cual "es un término para delincuentes" y para "personas que están fuera de la ley".

Asesor técnico forestal con sede en Mascota; miembro del Colegio de Ingenieros Forestales del Estado



Las mujeres también deben trabajar para conservar los caminos en los tiempos lluviosos

de Jalisco y de la Asociación Mexicana de Profesionales Forestales, Fajardo Aceves es señalado por muchos conservacionistas de la región como un opositor acérrimo a la creación de la reserva de la biosfera de la Costa Norte, a fines de 2000, y lo corresponsabilizan del fracaso de ese proyecto, que, huelga decir, para él y para quienes ven las cosas como él, no hay tal fracaso.

Está seguro que esa reserva hubiera dañado de forma irreversible la economía local. Dice que durante medio siglo de silvicultura, se puede hablar que la conservación está ya garantizada con el manejo que dan a sus bosques, aunque no descarta usos inadecuados, pero



Juego de pelota en San Sebastián

marginales. En sus respuestas, Fajardo Aceves no oculta el malestar que le ocasiona la idea, siete años después, de un área natural protegida, al menos allí, entre su gente y su modo de vida. Aunque habrá que ver cómo vienen las cosas, bien a bien, admite.

—¿Cuál es su concepto de conservación?

—Hay dos formas de abordar el concepto; una es de quienes piensan que no se debe tocar la naturaleza, y hay otros que pensamos que ante la dificultad, casi imposibilidad, de que el hombre deje de actuar sobre la naturaleza, es mejor actuar con acciones que ayuden a la conservación...

—¿Qué opina de la forma en que se anunció la recuperación de un viejo decreto para establecer un área de protección de recursos naturales?

—La forma es sorprendente [...] los propietarios, ejidos y comunidades no están en contra de la conservación, sino que difieren de la forma como se les quiere imponer las medidas de protección y conservación. Es un decreto de 1949, periodo en que se dio una serie de vedas en el país y que luego se levantaron porque no dieron resultado, ya que el deterioro de los recursos naturales fue mayor [...] las condiciones actuales son diferentes...

—¿En qué sentido esto puede ser positivo o negativo?

—Sería positivo si se llegara a lograr la conservación bajo esta modalidad, pero ya existen suficientes normas y leyes que podrían permitirlo. Sería negativo si se impone y no se toman en cuenta las necesidades de los propietarios, ejidos y comunidades, en cuanto a actividades de subsistencia y apoyo para su desarrollo. La pobreza engendra mayor deterioro de los recursos naturales. Si no se revisa la historia, podríamos repetir esos errores.

—¿Afectaría las actividades productivas, especialmente las forestales?

—Depende de las restricciones. Nos falta más información, pero considero que sí, porque en principio, al funcionar el área de protección de recursos naturales, se necesitarán mayores restricciones legales en todo el polígono, una carga regulatoria mayor, con su consiguiente mayor costo normativo.

—¿Entonces, el estado de cosas actual, sin reserva protegida, es el adecuado?

—Para los bosques productivos, sí; prueba de ello es el buen estado que guardan las áreas forestales productivas después de más de 50 años de aprovechamiento.

—¿Acaso merece ser elevada a área protegida por sus valores biológicos y culturales?

—No. No hay nada raro intrínseco a la Sierra Occidental, sólo son áreas pequeñas y aisladas [casos Abies o Acer]. En general, la Sierra Occidental no es frágil [...] la actividad forestal sostiene inversiones fuertes en conservación que se perderán en caso de limitar esa actividad económica.

—¿Por qué se suele tener una imagen tan negativa de estos proyectos de protección?

—La realidad objetiva evidencia que quien paga el costo casi total de la conservación es el dueño o poseedor, que pierde todo o parte de su patrimonio. No es nada raro que el costo de la protección rebase al valor del terreno, y entonces habrá desembolsos en especie y en dinero que la sociedad saca de la bolsa del propietario que son más que el dinero que recibe en el largo plazo.

El pago por servicios ambientales o compensaciones, termina resultando migajas. "Es insignificante y despreciable en cantidad comparado con el valor aportado al ambiente y a la conservación de la naturaleza por parte de estos terrenos". En resumen: un área protegida no es, en opinión de Fajardo Aceves, una buena noticia. ■